

## CANARIOS DEL EXTERIOR: DOS NUEVOS LIBROS SOBRE LA EMIGRACIÓN CANARIA

**Maximiano Trapero**

Catedrático de Filología Española  
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

Dos libros relativos a los canarios emigrados a tierras americanas en tiempos pasados han aparecido en el último año que merecen comentario y que deben tener la difusión suficiente para el buen conocimiento de esa historia épica que Canarias ha escrito fuera de sus fronteras, sobre todo en países del Nuevo Mundo. Estos son, uno sobre los canarios emigrados a las tierras de Luisiana, en la desembocadura del Misisipí, en el sureste de los Estados Unidos, en las postrimerías del siglo XVIII<sup>i</sup>, y el otro que narra las más desventuras que venturas de un conjunto de familias canarias emigradas al sur de Chile en los primeros años del siglo XX con el propósito de colonizar unas tierras hasta entonces vírgenes alrededor del Lago Budi, en la región de la Araucanía<sup>ii</sup>.

La historia de los canarios de Luisiana es más conocida, pues sobre ella se han escrito artículos, monografías y hasta libros enteros y por parte de autores varios y de gran autoridad, tanto desde el punto de vista meramente histórico como sobre su lengua y tradiciones culturales. Pero de la historia de los canarios del sur de Chile nada sabíamos hasta ahora, siendo un capítulo inédito de la emigración canaria.

El libro sobre los «isleños» de Luisiana (así se les conoce y así se llaman ellos mismos) lo ha escrito Samuel G. Armistead, catedrático de la Universidad de Davis (California) y uno de los principales hispanistas del mundo, conocedor como nadie de los *isleños* y de sus tradiciones orales y literarias a cuya recolección y estudio ha dedicado muchos años. Propiamente el libro de Armistead se había publicado en 1992, pero en inglés y en los Estados Unidos, y por eso había pasado del todo desapercibido en la bibliografía canaria. De ahí la necesidad de ser traducido al español y de publicarlo en Canarias. La nueva versión ha sido actualizada y puesta al día por el propio autor, traducida por el profesor Manuel Wood y publicada por Anroart Ediciones, con la colaboración de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Gobierno de Canarias; lleva por título *La tradición hispano-canaria en Luisiana* y por subtítulo *La literatura tradicional de los «isleños»*.

La historia de estos *isleños* americanos es emocionante y ejemplar como la de pocos pueblos, por lo que tiene de fidelidad y amor a la patria de sus antepasados. Cuando en la segunda mitad del siglo XVIII, toda la Luisiana se convirtió en colonia de la Corona de España, el rey Carlos III llamó a los españoles a poblar y colonizar aquellas lejanas tierras, y como tantas veces, los canarios acudieron solícitos a la convocatoria, llevándose consigo mujeres, hijos y los pocos enseres particulares que las circunstancias aconsejaban. Se calcula que, en sucesivas expediciones, unos 2.100 canarios llegaron entonces a Luisiana procedentes de las islas de Tenerife (un 45%), de Gran Canaria (un 40%) y de Lanzarote, La Palma y La Gomera (el restante 15%). Tras una larga y penosísima travesía llegaron y se encontraron con una tierra muy adversa, distinta a la que estaban acostumbrados a cultivar: la región pantanosa de la desembocadura del Misisipí, cerca de Nueva Orleans, donde se instalaron fundando la parroquia de San Bernardo y dedicándose a la pesca de camarones y *jaibas*, a la caza de caimanes y al *trampeo* de ratas de agua. Hoy, más de doscientos años después, los apellidos

predominantes de aquellas comunidades siguen siendo los Pérez, Fernández, López, Díaz, García, Alfonso, Campo, Acosta, Acevedo..., aunque sus nombres de pila sean Irvan, Alfred, Joseph, Frank, Jack, Henry, Bill... Pero todavía hay entre ellos unos pocos hombres y mujeres que se expresan en español y que siguen recordando los romances y coplas que sus antepasados llevaron de las Islas, y lo hacen con un acento y un «deje» netamente canario, pausado, meloso, acariciador.

El libro del profesor Armistead cuenta con una larga y documentada introducción sobre los aspectos históricos de la emigración canaria, de la geografía de las tierras que ocuparían y de las nuevas tareas a las que tuvieron que dedicarse, pero sobre todo se centra en los testimonios lingüísticos y literarios que los descendientes de aquellos canarios trasterrados siguen conservando hasta hoy mismo, transmitidas por tradición oral: sus canciones y romances, sus «décimas», sus corridos y coplas, las adivinanzas y trabalenguas, los cuentos y leyendas, los nombres con que se llaman entre ellos, las «memorietas» que cuentan con humor resignado de las mil desgracias y fatigas que tuvieron que sobrellevar, y hasta de una mínima toponimia que recuerda los nombres de las Islas de las que salieron. Todo ello contado con el rigor y la gracia con que el profesor Armistead hace toda su obra de investigación, poniendo sobre cada texto las notas precisas para elevarlo a la categoría de género poético universal. Como podrá comprobar cualquier lector de este libro, hasta la más simple cancioncilla de los *isleños* tiene en el comentario de Armistead la grandeza de lo poético y adquiere la dimensión de lo universal, porque un universo entero se configuró en aquel finisterre, que ni siquiera tenía nombre, al que llegaron los canarios a finales del siglo XVIII. Y a todo ello siguen las transcripciones musicales de los textos cantados (hechas por el eminente etnomusicólogo norteamericano Israel J. Katz), una completísima bibliografía sobre el tema de los canarios de Luisiana y sobre la literatura tradicional, un juego completo de índices de todos los asuntos tratados en el libro, un glosario explicativo de los términos dialectales usados por los *isleños* y un anexo fotográfico de los principales informantes que el profesor Armistead tuvo en sus encuestas, entre las cuales hay dos últimas que recuerdan la visita que el propio Armistead y dos de sus principales informantes, Alfred e Irvan Pérez, hicieron a nuestra ciudad en 1992 con motivo de la celebración de un Encuentro-Festival sobre la Décima y el Verso Improvisado organizado por la Universidad de Las Palmas. (Escribiendo este texto me llega la triste noticia de la muerte de Irvan Pérez, cuya desaparición trasciende su propia persona, pues significa también la desaparición del español-canario que hasta ahora se mantenía vivo en Luisiana, ya que Irvan era el último hablante natural de esa lengua.)

Este es el contenido de este libro, de muy especial significación para Canarias, que manifiesta una parcela de su patrimonio cultural, poco o nada conocido, pues también patrimonio cultural canario son la lengua y las tradiciones literarias populares de los *isleños* de Luisiana.

El libro sobre los canarios de Chile lo ha escrito una canaria, Maribel Lacave, nacida en Las Palmas y que desde 1998 reside en aquel país, en la actualidad en una de las islas del archipiélago de Chiloé, en la zona más austral del Continente. Se titula *Los canarios del lago Budi* y ha sido publicado por Ediciones Idea de Santa Cruz de Tenerife. El título dice poco, pues pocos saben qué es y dónde está el Lago Budi (yo desde luego no lo sabía, y me creo bastante buen conocedor de la geografía chilena) y menos que hubiera canarios que se instalaran en esos territorios. El libro es, por tanto, una absoluta novedad, tanto por su publicación como por la noticia que en él se da de este nuevo capítulo de la emigración canaria. Hasta este libro, Chile no figuraba en esa larga nómina de lugares a los que los canarios emigraron en familia: Cuba, Puerto Rico, República Dominicana, Uruguay, San Antonio de Tejas, Luisiana, Venezuela... Por eso es de tanto interés la publicación de Maribel Lacave.

El Lago Budi es un inmenso lago de agua salada de 72 km<sup>2</sup>, el mayor en extensión de Sudamérica, a poca distancia de la costa, en la región de la Araucanía chilena, cuya capital es Temuco, a más de 700 km al sur de Santiago. Fue con motivo de una llamada que en los primeros años del siglo XX hizo el Gobierno chileno a diversos territorios españoles para un plan de colonización de la región del Lago Budi, tierras que seguían estando totalmente incultas, hasta donde en la práctica no había llegado la soberanía de la nación chilena, ya que las tierras más al sur

de «la frontera» o estaban desocupadas o permanecían bajo el control de los indígenas mapuches, nunca sometidos del todo. Hasta Canarias llegó esa llamada y a ella acudió un total de 88 familias canarias, compuestas de matrimonios generalmente jóvenes con 3 ó 4 hijos. No era poco lo que se les ofrecía: 150 hectáreas de terreno a cada familia, más 65 por cada hijo mayor de 10 años, más los gastos del viaje en tercera, la asistencia médica y las medicinas. No es difícil imaginar que aquellas gentes fueran pensando en encontrar en Chile el paraíso que las Islas no tenían por entonces aunque llevaran desde la antigüedad el nombre de Afortunadas.

Las primeras familias canarias salieron del Puerto de la Luz en octubre de 1903 en el vapor *Orellana*. Tras sendas escalas en Montevideo y en Buenos Aires, siguieron rumbo al sur del Continente, atravesaron el Estrecho de Magallanes y subieron por el Pacífico hasta desembarcar en el Puerto de Talcahuano, cercano a la ciudad de Concepción, a unos 500 km al sur de Santiago. Y desde este lugar por tierra hasta Temuco, capital de la Región de la Araucanía, y desde Temuco, por barco por el curso del río Imperial, hasta el lago Budi. Dos largos meses de viaje. La llegada no pudo ser más decepcionante. Los planes colonizadores no tenían preparados ni la recepción de los nuevos colonos ni las mínimas infraestructuras en las que iniciar con optimismo la nueva vida. Además, la mayor parte del terreno que se les ofrecía era de monte no apto para el cultivo. Para colmo, los canarios llegados de unas islas «de eterna primavera» se encontraron con un clima de intenso frío y de lluvias constantes, y tuvieron que iniciarse en tareas agrícolas y forestales para las que no estaban preparados.

Los problemas empezaron de inmediato. Hubo intentos de abandono, pero les estaba prohibido por contrato; en conjunción con otros colonos españoles y en unión también de los indígenas de la zona, muchos se levantaron contra las autoridades de la Colonia; y otros lograron abandonar el lugar en busca de tierras mejores en otros lugares de Chile o cruzando la frontera en Argentina. Pero algunos fueron capturados y aprisionados. Maribel Lacave nos ofrece el testimonio en verso de un majorero de nombre Domingo García Bethancourt que se lamenta desde la cárcel del infortunio en que ha caído por confiar en promesas que resultaron ser falsas. Es un poema escrito malamente, sin regularidad métrica y sin valores literarios, pero que trasmite en toda su crudeza la enorme decepción y la rabia de quien ha visto frustrado su sueño de prosperar arrastrando tras él a unos hijos que acabarán mendigando en tierra ajena. Empiezan los versos:

Salimos de un país sano  
reino de felicidad  
y venimos a llegar  
al Budi, y el lobo hambriento  
allí esperaba, sediento  
las ovejas esquilar...

Y terminan:

¡Malhaya la hora maldita  
cuando de Europa salí!  
Me veo encerrado aquí

sin recursos y sin pan.  
¿Mis hijos mendigarán  
lo que en Europa no hicieron  
gracias a que fui ligero  
y falsedades creí?

El resultado de aquella aventura americana para los canarios del Lago Budi fue, como dice la autora de este libro: «la historia de un sueño truncado, que nos acerca a un grupo de compatriotas que cruzaron el océano hasta llegar al territorio más austral del mundo en busca del paraíso y de la lucha que tuvieron que mantener para recuperar su libertad».

No nos dice Maribel Lacave la procedencia insular de estos emigrantes canarios, salvo en algunos casos particulares, ni el porcentaje de cada isla, pero sí los nombres de los varones y de sus respectivas mujeres, así como el número de hijos de cada matrimonio. Apellidos típicamente canarios, como Bethancourt, Santana, Brito, Morales, Monzón, Dávila o Martí, se unen a otros muy generales como García, González, Domínguez o Jiménez. En la actualidad - nos sigue diciendo la autora- «ninguno de los descendientes de estas familias ocupa las hijuelas de sus ascendientes, aunque algunos viven en la zona».

Magnífica la tarea de rescate realizada por Isabel Lacave y espléndido el resultado de su investigación: un libro bien documentado y muy bien escrito. Hasta ahora nada sabíamos de los canarios del Lago Budi, aunque para ellos las Islas nunca dejaron de estar presentes en sus pensamientos, «como lo demuestran las isas y malagueñas que les he oído tararear, las exquisitas recetas de cocina canaria o la emoción con que pronuncian el nombre de Canarias», nos asegura la autora canaria ahora convertida en chilena por amor.

---

i. Samuel G. Armistead: *La tradición hispano-canaria en Luisiana*. Las Palmas de Gran Canaria: Anroart Ediciones, 2007, 350 págs.

ii. Maribel Lacave: *Los canarios del lago Budi*. Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Idea, 2006, 190 págs.